

# Aprender por televisión



Greidy Mejía Cárdenas

En casa no tiene televisor. Se rompió hace un tiempo y mientras sus padres hacen malabares económicos para tener de vuelta el aparato, el pequeño no se queda de brazos cruzados. Quizás otro niño en su lugar se aferraría al juego y a la confección de mundos imaginarios dentro del hogar. Mas, Cristo, con solo 11 años de edad, tiene muy claro el camino: el estudio como primer deber.

Por eso desde que las clases presenciales se trasladaron hasta las viviendas a través de las actividades televisivas, el chico no hizo otra cosa que encontrar un sitio donde pudiera visualizar sus lecciones.

Y aun cuando se establece que casos similares al suyo acuden hasta los centros educacionales más cercanos para recibir los contenidos, tropezó con la ayuda de su guía de grupo, la maestra Yamilka Gopal, quien desde su casa acompaña el proceso docente-educativo de este pequeño, perteneciente al municipio espirituario de Yaguajay.

Como Yamilka, otros tantos educadores de Sancti Spiritus, tras el nuevo escenario que le ha tocado asumir al sector en medio de esta pandemia, atienden a los alumnos que no poseen las condiciones necesarias para continuar con el aprendizaje desde sus domicilios.

En los planteles del territorio los pedagogos también se empeñan en seguir de cerca las teleclases, una estrategia del Ministerio de Educación para garantizar la continuidad del año académico en medio de esta gigantesca ola de COVID-19 que enfrenta la nación.

Y pese a que la familia cubana agradece los esfuerzos del sistema educacional por proveer las materias indispensables para la formación de las nuevas generaciones por esta vía audiovisual, no son pocos los que experimentan preocupaciones en cuanto al retorno a las aulas.

¿Cómo se realizará la atención a las diferencias individuales?, ¿cómo se ajustarán los contenidos a cada una de las enseñanzas?, ¿cómo evitar que las “lagunas” que han ido quedando afecten

los grados posteriores?, son interrogantes de varios padres.

Sin embargo, en todo eso ha pensado el gremio de la pedagogía en Cuba. Tanto es así que no por gusto el doctor Eugenio González Pérez, viceministro de Educación, en exclusiva a la ACN aseguró:

“Enormes son los retos, sobre todo porque no renunciamos a la calidad de la educación, y otro igual de grande llegará cuando, de regreso a las aulas, toque a cada maestro, luego del necesario diagnóstico personalizado de sus alumnos, hacer las dosificaciones, definir los tiempos para retomar, profundizar, ejercitar, consolidar y sistematizar contenidos y lograr que sus muchachos salgan airosos de esta prueba”.

No hay dudas de que son muchos los desafíos a los que se expondrán los maestros una vez que choquen de nuevo con la tiza y la pizarra. Innegables resultan las desiguales capacidades de las familias para asumir el aprendizaje, así como las destrezas y la disposición de algunos niños para adquirir las materias.

Lo atestiguan quienes han permanecido durante años frente a un aula, que se han aferrado a diversos medios de enseñanza, con los cuales logran esparcir la luz de la sabiduría entre sus estudian-

tes. Por eso, quizás, le confieran tanta importancia a la clase presencial, método que permite el intercambio y la aclaración de dudas.

Mas, en tiempos en que resulta indispensable el distanciamiento físico, al sector educacional le ha tocado reinventarse. Y lo ha logrado. Muchos maestros han aprendido nuevas formas no presenciales de expresarse con eficiencia.

Aun cuando se ha verificado que nada puede reemplazar la presencia del profesor en el aula, también se ha comprobado que sí puede imbricarse con los recursos audiovisuales, incluso, cuando los tiempos sean normales. Dichos medios, según los especialistas, refuerzan las materias.

Lo confirma González Pérez: “El maestro es insustituible, pero no hay que ver la vía televisiva como recurso al que se apela en caso de necesidad extrema y sí como complemento, una herramienta para mover el pensamiento y multiplicar el conocimiento, y un paso de la pedagogía para el acercamiento oportuno a los códigos comunicacionales de esta generación, que son eminentemente audiovisuales”.

Si bien es cierto que este proceso de educación a distancia merma la atención

de los educandos, entre otras causas por las no adecuadas condiciones de convivencia familiar y la escasa preparación de muchos padres para enfrentar las tareas escolares, por otro lado también ha concientizado a las familias con el proceso de enseñanza de sus hijos. De repente, los progenitores se han visto interesados por los contenidos y se han convertido en auxiliares de los maestros de la programación educativa.

Y mientras la COVID-19 se sigue expandiendo por el país, continuarán siendo los hogares las aulas de nuestros estudiantes. Por tanto, le corresponderá a la familia acompañar este proceso para que, cuando ocurra el retorno a los centros educacionales, sean más los logros que las deficiencias.

No hay dudas. Cuando las escuelas abran sus puertas y Cuba vuelva a las clases presenciales será preciso valorar en qué condiciones se encuentra cada alumno, grupo, grado, plantel... y ahí decidir qué es lo mejor.

Les tocará a los educadores el desafío de evaluar las habilidades cognitivas con las que arriben los escolares y defender los conocimientos, esa conquista que enaltece a diario el sistema educacional cubano.



En la punta de la lengua

A cargo de: Pedro de Jesús

## Cuestión de *mostros*

No es raro que en el entorno digital —señaladamente, en las redes sociales y en la mensajería instantánea— nos topemos con las palabras *mostro* y *mostra*, utilizadas como elogio, para indicar que una persona, según el *Diccionario de la lengua española (DLE)*, “excede en mucho las cualidades y aptitudes comunes” en determinada actividad.

Ambas se obtienen a partir de *monstruo*, mediante la simplificación gráfica del grupo consonántico *-ns-* y de un diptongo: *-uo* para

*mostro*, y *-ua* para *mostra*, voz que remite a la variante *monstrua*, idea por analogía con los sustantivos que poseen moción de género.

Estas realizaciones son muestra de la creatividad lingüística de muchos usuarios de internet, que, remedando la oralidad, buscan no solo el ahorro de caracteres —por el costo monetario, la prisa o las dificultades propias de escribir en el móvil—, sino expresar rebeldía contra la tradición y la norma o, simplemente, sugerir el descuido de los registros informales y la proximidad

comunicativa que en ellos suelen tener los interlocutores.

Lo curioso es que quienes así escriben acaso desconozcan la existencia, siglos atrás, de la forma *mostro*. Así aparece en el diccionario académico, el *DLE*, con la marca de vocablo en desuso, modo como ese repertorio lexicográfico hace notar que una unidad léxica perdió vigencia antes de 1900.

El célebre etimólogo Joan Corominas atestigua el empleo de *mostro* en autores tan importantes del Siglo de Oro como Cervantes y Lope de Vega.

Refiere el siguiente ejemplo, tomado de la pieza teatral *El rey en su imaginación* (1625), del dramaturgo Luis Vélez de Guevara: “mostros hechos al revés son los celos”.

Tanto Corominas como el *DLE* registran otra variante también desusada, *monstro*, en la que se reduce solo el diptongo. Esta forma se halla documentada en el *Corpus del Nuevo diccionario histórico del español* desde el siglo XV, al igual que una última, *mostruo* —que Corominas recoge y el *DLE* no—, con simplificación exclusiva

en el grupo consonántico de la primera sílaba.

Estas tres variantes gráficas —*mostro*, *monstro* y *mostruo*— reflejan en la escritura las diferentes soluciones que, en la pronunciación, los hablantes les han dado —y aún hoy les dan— a las dificultades articulatorias de *monstruo*. El declive de ellas a partir del siglo XVIII y su posterior desaparición evidencian la impronta que la labor lexicográfica de la Real Academia Española tuvo en la fijación ortográfica del vocablo.